

COMENTARIO BÍBLICO DE LA LITURGIA DE LA PALABRA

DOMINGO VIGÉSIMO QUINTO

Este domingo la Palabra nos pone frente al sufrimiento y el dolor del justo perseguido (1ª lectura y salmo), que encuentra en Jesús, el servidor que anuncia su pasión (Mc. 9, 30-32), su modelo más perfecto. Sin embargo, la actitud resuelta y obediente del Señor, que conoce la voluntad del Padre y se dispone a cumplirla fielmente, contrasta con la de los discípulos, que no entienden el lenguaje de la cruz, ni quieren oírlo.

Así como Pedro rechazaba el primer anuncio de los acontecimientos pascales (domingo pasado), los demás comparten con él sus ilusiones respecto al Reino que inauguraría Jesús y discutían cuál de ellos era el más importante u ocuparía los primeros puestos. Es esa ambición la que genera tantos males, como denuncia la carta de Santiago (2ª lectura) y se opone a la verdadera sabiduría, que es pura y da paz.

La propuesta de Cristo es contraria a los criterios del mundo. Generalmente se considera menos importantes a los últimos o a los que tienen la función de servir y, en cambio, se aprecian los cargos de mayor lustre, prestigio o remuneración. El Maestro nos enseña que entre nosotros no debe ser así. El que quiera ser su discípulo, debe comportarse como él, que cumple la voluntad del Padre, sirviendo a los demás, hasta dar su propia vida para rescatarnos y lavar nuestros pecados.

Para subrayar que está hablando en serio coloca un niño en el lugar central ("*en medio de ellos*") y lo abrazó, realizando así uno de los actos más revolucionarios de su tiempo, porque el niño pertenecía a la categoría de los despreciados y marginados en la sociedad de Jesús, que usaba como regla para valorar la importancia de las personas, el grado de conocimiento y cumplimiento de la Ley. Por eso los escribas y fariseos eran tan estimados, en cambio, los ignorantes, las mujeres, los niños y los extranjeros eran "impuros" y despreciables.

Para los cristianos, justamente el menospreciado debe ser el más importante, y no sólo como una cuestión conceptual; por eso el abrazo de Jesús, que demuestra que esta "centralidad" incluye o exige la dimensión afectiva. Serán los primeros no sólo en el discurso o en las ideas, sino también en el cariño o atención amorosa. En ellos debemos reconocer un "icono" o misteriosa imagen de Cristo, que siendo grande y fuerte, se hizo débil, pequeño y pobre, para poder sufrir y morir por nosotros. Quien a ellos sirve, atiende al mismo Señor.

Por eso es impropio del cristiano desvivirse por los primeros lugares, de más honor, autoridad, poder o manejo de recursos, por el contrario, nos cabe el privilegio de servir, el honor de ser útiles a todos, absolutamente a todos, de allí la opción por los pobres: para que nadie quede excluido de nuestra caridad, reflejo y extensión del amor mismo de Dios por la humanidad.